

Francisco Javier Clavijero

“La medicina de los mexicanos”

p. 177-184

Textos de medicina náhuatl

Alfredo López Austin (compilación e introducción)

Cuarta edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

230 p.

Mapas e ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl. Monografías, 19)

ISBN 968-36-2988-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 3 de mayo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/textos/medicina_nahuatl.html

LA MEDICINA DE LOS MEXICANOS

Francisco Javier Clavijero

PRESENTACIÓN DE LOS TEXTOS

Siguen íntegros cinco capítulos del libro VII de la *Historia antigua de México* de Clavijero: el 59. Conocimiento de la naturaleza y uso de los simples medicinales; el 60. Infusiones, emplastos y aceites; el 61. Sangrías y baños; el 62. El temazcal o hipocausto mexicano, y el 63. Cirugía. No incluyo, pero señalo su importancia, la Novena Disertación, en la que sostiene que el llamado mal gálico no es de origen americano.

CONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA Y USO DE LOS SIMPLES MEDICINALES

Entre las artes de los mexicanos tiene un distinguido lugar la medicina, de la cual hablaron muy poco los historiadores de México, siendo una parte muy interesante de su historia. Contentáronse con decir que tenían sus médicos mucho conocimiento de las hierbas y que hacían con ellas excelentes curas, sin especificar los progresos que hicieron en este arte tan útil al género humano. Pero no hay duda de que la misma necesidad que obligó a los griegos a hacer una colección de experimentos y observaciones sobre la naturaleza de las enfermedades y las virtudes de los simples, condujo también a los mexicanos al conocimiento de estas dos principalísimas partes de la medicina.

No sabemos que se sirvieran de sus pinturas, como los griegos de sus escritos, para comunicar sus luces a la posteridad. Los que hacían profesión de médicos daban a conocer a sus hijos los accidentes a que está expuesta la mortalidad, y las hierbas que la Providencia divina creó para su remedio, cuya virtud habían experimentado sus mayores. Enseñábanles a discernir los diferentes estados de las enfermedades, el modo de preparar los medicamentos y las circunstancias en que debían aplicarse. De todo esto tenemos suficientes documentos en la *Historia natural de México* escrita por el Dr. Francisco Hernández.¹ Este docto y laborioso escritor

¹El Dr. Hernández, médico de Felipe II y célebre por las obras que había publicado sobre Plinio, fue enviado por aquel monarca a México para trabajar en



llevó siempre por guías a los médicos mexicanos en la investigación de la naturaleza de aquel vasto imperio. Ellos le dieron a conocer como 1 200 plantas con sus propios nombres mexicanos y sus diferentes usos en la medicina; 200 y tantas especies de aves, y un número grande de cuadrúpedos, reptiles, peces y minerales. De esta obra se puede formar un cuerpo de medicina práctica para aquel reino, como, en efecto, lo formó el Dr. Farfán² en su libro de curaciones.

Y si en los tiempos posteriores no se hubiera abandonado el estudio de la historia natural, ni hubiera habido tan grande preocupación en favor de todo lo que va a la América desde esta otra parte del mar, hubieran ahorrado los habitantes las drogas de Europa y de Asia, y hubieran percibido mayor utilidad de las producciones de su propio país.³ A los indios mexicanos debió Europa el tabaco, el bálsamo americano, el copal, el liquidámbar, la zarzaparrilla, la tacamaca, el xalapa, el piñoncillo, la hierba de Juan Infante y otros muchos simples de experimentada eficacia y de mucho uso en la medicina; pero son muchísimos más aquellos de que Europa está privada por la incuria de los comerciantes. Entre los purgantes de que se servían los médicos mexicanos, además del xalapa, el piñoncillo y la habilla, les era familiar el *me-*

la *Historia Natural* de aquel reino, en que se empleó diligentemente, en compañía de otros hábiles naturalistas, por algunos años, siguiendo las luces de los médicos mexicanos. Su obra, digna de 60,000 ducados que gastó en la empresa el Real Erario, constaba de 24 libros de historia y de 11 tomos de excelentes retratos de plantas y animales; pero habiendo parecido al rey demasiado voluminosa para darla al público, la sometió a su médico Nardo Antonio Reco, napolitano, para que la compendiasse. El compendio se redujo a truncarla y a invertir el orden de las materias, aunque sin alterar la letra del autor. Este compendio lo publicó en México (1615) Fr. Francisco Ximénez, dominicano, y en Roma (1651) los Académicos Linceos, con notas y disertaciones doctas pero demasiado prolijas y molestas. El original del autor se guardó en el Escorial, del cual copió el P. Nieremberg (como el mismo confiesa) mucha parte de lo que trae en su *Historia Natural*. El P. Claudio Clement, jesuita francés, hablando de los manuscritos del Dr. Hernández, dice: *Quí omnes libri et commentarii, si pro ut affecti sunt, ita forent perfecti et absoluti. Philippus Secundus, et Franciscus Hernandius haud quaquam Alejandro et Aristoteli hac in parte concederent.*

² La obra del Dr. Farfán, formada sobre los manuscritos del Dr. Hernández, se imprimió en México (1605).

³ Están tan acostumbrados los habitantes de aquel reino a que todo se les lleve de fuera, que hacen llevar muchos simples medicinales de Europa que la tierra de la Nueva España produce abundantemente sin cultivo, como el sen, la violeta y otros muchos.

choacan, tan conocido en Europa,⁴ el *itzticpatli*, que tanto recomienda el Dr. Hernández y el *amamaxtla*, o como le llaman los españoles, el ruibarbo de los frailes. En esta planta discernían las diferentes y opuestas cualidades de las partes líquidas y de las sólidas; extraían el jugo para purgante y la parte sólida que restaba la usaban como astringente.

Para evacuar por vómito empleaban, entre otros eméticos, el *mexóchitl* y el *neixcotlalpatli*, y para purgar por la orina el *axixpatli* y el *axixtlácotl*, diuréticos grandemente celebrados del citado autor. Para antidotos, la célebre contrahierba llamada de ellos por su figura *coanepilli* (lengua de serpiente) y por sus efectos *coapatli* (remedio contra las serpientes), y el *chipalhuacáitzic*. Contra las fiebres intermitentes se servían ordinariamente del *chatálhuic* y contra otras especies de calenturas del *chiantzolli*, del *iztacxalli* (arena blanca), del *huehuetzontecómatl* y, sobre todo, del *itzticpatli*.

En el *zozoyátic* tenían un eficaz estornutatorio con aplicar solamente su raíz a la nariz. Para preservarse de los males que les ocasionaba el demasiado ejercicio en el juego de pelota, usaban comer la corteza del *apitzalpatli*,⁵ humedecida en agua. Sería nunca acabar el mencionar las plantas, resinas, minerales y demás medicamentos, así simples como compuestos, de que se valían contra todas las especies de enfermedades que conocía su medicina. Quien quisiese mayor instrucción en esta materia, consulte a los autores arriba citados y al Dr. Monardes, en los dos tratados que publicó de las cosas medicinales que se llevan de América a Europa.

INFUSIONES, EMPLASTOS, ACEITES

Usaban los médicos mexicanos de infusiones, cocimientos, emplastos, unguentos y aceites; todo lo cual se vendía en el mercado con las demás cosas necesarias a la vida, como deponen Cortés y Bernal Díaz, testigos oculares. Los aceites más usuales entre ellos eran el de *hule* o resina elástica, el del *tlápatl* o higuera, el del pimiento o chile, el de la chía y el del ocote. Éste sacaban por

⁴ La célebre raíz de mechoacan, que los tarascos llaman *tacuache* y los mexicanos *tlalantlacuitlapilli*, dio a conocer un médico del rey de Michoacan a los primeros religiosos que anunciaron la fe de Cristo en aquel reino, curándolos de unas calenturas que los iban consumiendo. De los religiosos pasó la noticia a los demás españoles y de éstos a toda Europa.

⁵ La descripción y uso de estas plantas mexicanas se puede ver en la obra de Hernández y en los demás autores que se aprovecharon de sus luces.

destilación y los demás por cocimiento. Del de chía se servían más los pintores que los médicos, por ser, como ya dijimos, muy superior a la linaza.

Sacaban el *huitzilóxiti*, como ya insinuamos en otro lugar, las dos especies de bálsamo que distingue Plinio y otros naturalistas antiguos: el opobálsamo o bálsamo virgen por incisión del árbol, y el xilobálsamo por cocimiento de sus ramas. De la corteza del *huacónex*, echada en infusión por cuatro días continuos, extraían otro licor equivalente al bálsamo. De uno y otro usaban con felicidad para curar heridas; porque, en efecto, son admirables para precaver la putrefacción y cicatrizar prontamente. De la planta que los españoles llaman maripenda sacaban también un licor semejante al bálsamo en su olor y en sus admirables efectos, echando a cocer en agua sus tiernos tallos y su fruto hasta darle la espesura del mosto. De este modo extraían otros muchos apreciables licores y aceites, como los del líquidámbar y del abeto.

SANGRÍAS Y BAÑOS

Era comunísima entre los mexicanos la sangría, la cual ejecutaban con destreza y seguridad con unas agudísimas lancetillas de *itzli*; la gente de campo solía sangrarse, como hace hasta ahora, con púas de maguey. Servíanse por sanguijuelas de las espinas del *huitztlacuatzin* o puerco espín, las cuales son huecas y con un pequeño agujero en la punta.

Entre los medios que practicaban para la conservación de la salud, era muy usado el de los baños. Bañábanse con frecuencia y muchos diariamente en agua natural de ríos, lagunas, balsas o estanques. La experiencia ha mostradq aun a los españoles la utilidad de semejantes baños en aquel clima y especialmente en las tierras calientes.

EL TEMAZCAL O HIPOCAUSTO MEXICANO

Poco menos frecuente era entre los mexicanos y demás naciones de Anáhuac el baño del *temazcalli*, el cual siendo digno por todas sus circunstancias de particular mención en la historia de México, no la ha merecido a ninguno de los historiadores, entretenidos por lo común en descripciones de menor importancia; de suerte que si no se hubiera conservado hasta hoy entre los americanos aquel baño, se hubiera perdido enteramente su memoria.

El *temazcalli* o hipocausto mexicano se fabrica por lo común de adobes. Su hechura es semejantísima a la de los hornos de pan, con la diferencia de no estar construido sobre terraplén, sino al haz de la tierra; su mayor diámetro es de unas tres varas castellanas, su mayor altura de poco más de dos. Su entrada, que es también semejante a la boca de un horno, tiene la amplitud suficiente para que un hombre pueda entrar cómodamente en cuatro pies. En la puerta opuesta a la entrada tiene una hornilla con su boca hacia afuera por donde se le mete el fuego, y un agujero arriba por donde respira el humo. La parte por donde la hornilla se une a la bóveda del hipocausto, que es un espacio como de una vara en cuadro, está cerrada a piedra seca con *tetzontli* o con otra piedra porosa. El pavimento del baño es un poco convexo y como un palmo más bajo que el suelo exterior, la cual depresión comienza antes de la boca o entrada del baño. Junto a la clave de la bóveda tiene un respiradero como el de la hornilla. Ésta es la estructura común del *temazcalli*, que representamos en la lámina del mismo; pero en algunas partes se reduce a un pequeño edificio o choza cuadrilonga y sin bóveda ni hornilla, pero más abrigada.

Cuando llega la ocasión de bañarse se mete en el horno una estera,⁶ una vasija de agua y un buen manojo de hierbas o de hojas de maíz; se enciende fuego en la hornilla y se mantiene ardiendo hasta dejar perfectamente inflamadas las piedras porosas que dividen el baño de la hornilla. El que ha de bañarse entra por lo común desnudo y las más veces o por enfermedad o por mayor comodidad lo acompaña alguno de sus allegados. En entrando cierra bien la puerta dejando un rato abierto el respiradero de la bóveda para evacuar el humo de la leña, que de la hornilla se insinúa en el baño por las juntas de las piedras. Después de cerrado este conducto apaga con agua las piedras inflamadas⁷ de las cuales se levanta inmediatamente un denso vapor que ocupa la región superior del baño. Entretanto que el enfermo se mantiene tendido en la estera, su doméstico (si ya no lo hace él mismo por su mano) comienza a llamar el vapor hacia abajo con el manojo de hierbas un poco humedecidas, y a azotar suavemente al enfermo y en especial en la parte doliente. El enfermo prorrumpe inmediatamente con un dulce y copioso sudor, el cual se promueve o modera a proporción de la necesidad. Conseguida la evacuación

⁶ Los españoles, que suelen usar también de este baño, meten su colchón.

⁷ Cuando el baño no tiene hornilla, suelen inflamar las piedras en el hogar de la casa y de allí pasarlas al baño.

deseada se da libertad al vapor y se viste al enfermo o es transportado en su misma estera y bien cubierto a su cámara; pues regularmente se continúa el baño con la habitación, y tiene su entrada a alguna de las piezas interiores de la casa para mayor resguardo de los que se bañan.

Ha sido en todo tiempo muy usado este baño para varias especies de enfermedades, especialmente para fiebres ocasionales de constipación de los poros. Lo usan comúnmente las mujeres después del parto y aun los que son mordidos o picados de animal ponzoñoso con buen efecto, y no hay duda de que es un remedio excelente para los que necesitan evacuar humores crasos y tenaces. Cuando se pretende del enfermo un sudor más copioso del que produce regularmente el baño, lo elevan del pavimento y lo acercan más al vapor, porque es mayor el sudor a proporción de la mayor elevación. Es hasta hoy tan común el *temazcalli*, que no hay población por pequeña que sea, que no tenga muchos.

CIRUGÍA

Por lo que mira a la cirugía de los mexicanos, los mismos conquistadores deponen de su prontitud y felicidad⁸ en curar las heridas. Además del bálsamo y de la maripenda, usaban de la leche del *itzontecpatli* (especie de titimalo), del tabaco y de otras varias hierbas. Para curar úlceras se valían del *nanahuapatli*, del *zacatlepatli* y del *itzcuíntpatli*; para abscesos y tumores del *tlalámatl* o de la leche del *chilpatli*, y para la fractura de los huesos del *nacázo*l o *toloatzin*; seca la semilla de esta planta, hecha polvo y mezclada con cierta resina, la aplicaban a la parte doliente, ponían sobre el apósito plumas de aves y sobre ellas unas tablillas para sujetar los huesos.

Los médicos eran ordinariamente los que preparaban y aplicaban a los enfermos los medicamentos, pero acompañaban la cura para hacerla más misteriosa y estimable, con varias ceremonias supersticiosas, con la invocación de sus dioses y con imprecaciones contra las enfermedades. Veneraban los médicos por protectora a la diosa Tzapotlatenan, la cual creían inventora de varios secretos medicinales, y entre otros del aceite que sacaban por destilación del ocote.

⁸ El mismo conquistador Cortés, hallándose en peligro de la vida de resulta de una grave herida que recibió en la cabeza en la batalla de Otumba, fue perfectamente curado por los médicos de Tlaxcala.